



MERCADO DE LA SAGRADA FAMILIA (BARCELONA)

Alma

MARTA CAMPS

No sé si ustedes, como yo, son de la opinión que en la vida, las cosas importantes tienen alma. Yo lo creo a pies juntillas, lo he defendido siempre y, desde hace unos días, ya no tengo ninguna duda acerca de ello. Quizás lo que les voy a contar les parezca fantástico, tal vez duden de mi salud mental, pero les aseguro que lo que he vivido en los últimos dos meses ha ocurrido tal y como lo explico. De acuerdo que mi personalidad es algo dispersa, que soy dada a los viajes mentales y que mucha gente me tacha de rara e incluso de extravagante. Sinceramente, pienso que exageran. Pero es que hoy en día, cualquier persona que diga o haga cosas que se salgan mínimamente de lo corriente pasa a ser eso, un "bicho rarillo". ¿Quieren que les confiese algo? No me molesta que me tengan por original, que quieren que les diga. Tal vez precisamente por eso, ELLA –o lo que sea exactamente, no sé muy bien cómo definirla- me eligió a mí como testigo excepcional de todo lo ocurrido. Se estarán preguntando en qué consiste tanto misterio. En seguida lo sabrán. Dejen que antes les explique de qué forma aterricé yo en esta historia.

Después de toda una vida, que diría mi amigo Sabina, siguiendo una trayectoria rectilínea, persiguiendo y consiguiendo exactamente lo que se esperaba de mí, a los 25 me entró el pánico. Era periodista, licenciada y, como es de recibo hoy en día, masterizada. Piso propio –bueno, hipoteca propia también, pero esto es lo malo de la llamada PROPIEDAD PRIVADA, que es propiedad, pero del banco hasta que se demuestre lo contrario. Lo de privada ya me parece recachoneo–. En fin, no sé si se hacen una idea: chica independiente, trabajadora, metida en muchos asuntos, con muchos amigos y un novio encanta-

dor. ¿Qué más le podía pedir a la vida? Pues yo le pedí algo más. Abrir un camino totalmente nuevo, dejar atrás una armonía vital que de tan perfecta me agobiaba, y dejarme llevar para tener la sensación y poder creer que nada está escrito, de tenerlo todo aún por hacer y sentir que la vida es todo menos previsible. Necesitaba, en una palabra, romper. Y lo hice. Dejé el trabajo en el periódico (que dicho sea de paso, hacía ya tiempo que me aburría) y corté con mi chico (en realidad él me dejó a mí cuando intenté explicarle lo de mi angustia vital. Me dolió, pero no puedo decir que me sorprendiera. Demasiada información y demasiado profunda para sus coordenadas mentales). Me quedaban, eso sí, unos cuantos amigos y mi pisito. No necesitaba más para poner en práctica lo que tenía en mente.



—¿Una quesería...? Pero... ¿Tú te oyes lo que dices? ¡Estás más loca de lo que pensaba!— Mi amiga Laura no daba crédito.

—Siempre me ha chiflado el queso, ya lo sabes.

—¡Siempre me ha chiflado el queso, siempre me ha chiflado el queso! ¿Y qué? Crees que con ser una especie de ratita humana basta para montar un negocio? ¿Qué sabes tú de quesos? ¿qué sabes tu de mercados?

—Sé poca cosa de todo eso, pero lo voy a aprender. Conseguiré el dinero, montaré una parada y venderé quesos. Por una vez en mi vida, llegaré hasta el final con esta historia. Está decidido.

La idea se me ocurrió una mañana en la que bajé a hacer la compra al mercado del barrio. Y es que, desde que dejé el periódico y el novio encantador, mi tiempo libre había aumentado, (24 sobre 24 horas al día). Fue cuando me propuse aprender a cocinar. Me pasaba mañanas y tardes enteras entre recetas, cazuelas y paellas. Los logros eran pocos y lentos, pero yo no me desanimaba. Ese sábado (el mejor día para ir al mercado) salí decidida a regalarme con una buena quische de quesos. Cual fue mi sorpresa cuando descubrí que en todo el mercado no había ni una sola parada exclusivamente dedicada a mi alimento favorito. ¿Es que el queso no lo merecía?

A veces las cosas te vienen rodadas. Unos metros más allá de donde yo reflexionaba sobre lo de los quesos ví, como una aparición, un cartelito en el que se podía leer: SE TRASPASA POR EXCESO DE TRABAJO. Una nota, como mínimo, curiosa. Apunté el número de teléfono que acompañaba el mensaje y, sin dejar de darle vueltas a mi cabeza, regresé a mi casa, sin quesos y sin nada. Ya no importaba, la compra y la comida podían esperar porque acababa de encontrar la respuesta a mis interrogantes acerca de por donde debía encaminarse mi nueva vida.

¡Cuánta razón tenía mi amiga Laura! Definitivamente me había vuelto loca. Y, por supuesto, problemas no me faltaron. Para empezar, el dinero. El banco no me concedía ningún otro crédito (¿qué crédito podía tener una mujer joven, soltera, parada e hipotecada?). Pero yo seguía empeñada en abrir una quesería a lo grande en el mercado de la Sagrada Família, el de mi barrio, el mercado que me gustaba y el que sentía como mío. El dueño de la parada que se traspasaba era un tipo peculiar. Regentaba un puesto extraño en el

mercado, una especie de almacén donde podías encontrar cualquier objeto no comestible imposible de conseguir en tiendas normales. Al menos eso es lo que me contó el señor en cuestión. El caso es que, contrariamente a lo que se pudiera esperar, su negocio iba viento en popa, demasiado bien, y él no estaba para trabajar tanto. Así que decidió jubilarse y traspasar la tienda. No pedía mucho dinero por la operación, pero por poco que fuera, seguía siendo demasiado para mí. Y fue entonces cuando tuve mi primer encuentro con ELLA, aunque en ese momento ni siquiera me fijé.



Fue un día de otoño. Noviembre estaba a un paso y claro, toda Barcelona se llenó de vendedoras de castañas. Yo paseaba por el parque de la Sagrada Familia y vi a una de esas señoras, que siempre me han parecido enigmáticas y de las que siempre he quedado saber más. Nunca me han gustado las castañas tostadas, pero sin saber por qué me fui derecha hasta la parada en cuestión y pedí un cucurcho. Nada me llamó la atención de la castañera, llevaba toda la cabeza cubierta por un pañuelo. Sí recuerdo en cambio sus ojos, grandes y profundos, de un color muy claro que no sabría definir, y que desprendían mucha luz. Pero, en fin, con lo poco que me fijo yo en las cosas, no le dí ninguna importancia. La sorpresa la encontré al llegar a casa, cuando al abrir el cucurcho, el contenido del cual a punto estuve de tirar a la basura (ya he dicho que no me gustan las castañas), encontré un boleto de lotería.

—¡Qué extraño!— pensé. No, si es que me pasa cada cosa... Y tanto que me pasó, aquel boleto estaba premiado. Me convertí en millonaria de la noche a la mañana. Me sentí la mujer con más estrella en el mundo, el boleto no podía ser más oportuno porque me brindaba la llave de mi futuro negocio.



—¡Pues estamos arreglados! No, si este mercado está gafado. Primero las obras, después el traslado, y cuando por fin conseguimos unas instalaciones como Dios manda, esto...—. Rafael, el charcutero de la parada de enfrente a la quesería, se lamentaba a gritos de algo que yo desconocía. Su mujer estaba a su lado, medio llorosa, mientras Mari, la verdulera y Javier, el del pescado, intentaban calmar a Rafael, sin demasiado éxito. Me acerqué a ellos y con la inocencia que me caracteriza les pregunté si pasaba algo.

—¿Es que no te has enterado? ¡Pues menudo estreno, vas a tener tu en el mercado! —Era Javier, que me miraba con una cara de asombro, que casi me provoca una carcajada.

—Pues no, no tengo ni idea. Pero por la cara que ponéis me estoy asustando.

—Que nos cierran el mercado, guapa, eso es lo que pasa.

La noticia me dio fuerte, era más de lo que podía aguantar. Las últimas semanas habían cambiado mucho mi vida, había asimilado muchas cosas, pero esto... era sencillamente demasiado. Cuando me serené, Javier me explicó el problema.

El Ayuntamiento tenía intención de vender el mercado a una constructora, que lo derrumbaría y sobre sus cenizas levantaría un complejo comercial, con atracciones y todo, lo cual daría mucha más vida, según decían, al barrio.

—Ya se sabe, el dinero es lo que manda. Y con tanto turista pululando por la Sagrada Familia el negocio les va a salir redondo.

—A la constructura sí, pensé yo, pero a mí no podía irme peor. Todavía no había inaugurado mi quesería, que tenía un aspecto estupendo porque las obras estaban casi terminadas y, la verdad sea dicha, era muy bonita. Era increíble que todos mis esfuerzos, mi sueño, se vieran truncados por la especulación y las ideas de unos descerebrados que no pensaban ni en las personas, ni en el barrio, ni en nada. Cuando me sale la vena combativa, me pongo muy cabezota y mi indignación en esos momentos habría superado los ocho puntos de la escala Richter. Así que me salió del alma:

—¡Ni hablar! Eso no va a ocurrir. De ninguna manera. ¡A nosotros no nos echa nadie, estaría bueno!

—Pero niña... ¿qué quieres que hagamos? Está decidido... tenemos dos meses para guardar los trastos— me dijo Mercedes, la mujer de Rafael el charcutero, mirándome con una mezcla de ternura y tristeza.

—Exacto. Dos meses para recoger toda una vida—. La sentencia de Rafael me llegó al corazón. Efectivamente, la vida de este matrimonio era el mercado. Su parada era la más antigua de todas, un negocio que venía de familia. Habían superado los malos tiempos, disfrutado los buenos, se habían trasladado a



las carpas cuando el mercado fue reconstruido y habían vuelto cuando se reinauguró hacía sólo 8 años. Lo sabían todo del barrio y del mercado porque habían dejado allí su alma.

—Pues precisamente. No vamos a tolerar semejante injusticia. Tenemos que unirnos y entre todos, plantar cara al Ayuntamiento, a la constructora y a quien sea— contesté. Acababa de empezar nuestra particular batalla, la que dejaría, para siempre, parte de mi corazón en esa gente, ese edificio y ese barrio, mi barrio.

Mucho empeño le había puesto yo a la lucha por la supervivencia del mercado y viendo lo que costó unirlos a todos he llegado a la conclusión de que he visto demasiadas películas yanquis y leído mucha literatura revolucionaria. Y es que, aunque todos estaban indignados ante la decisión del Ayuntamiento, las posturas eran muy diversas. A Mari costó convencerla de que protestar era la única manera, igual que a Eduardo, el del bar, que ya pensaba en trasladar el negocio a una mejor zona de la ciudad. Además, teníamos que convocar reuniones periódicas (muchas de las cuales se celebraron en mi casa, una experiencia que prefiero no comentar), nombrar portavoces, hablar con el Ayuntamiento, la constructora... era un lío. Yo salí escogida presidenta de la plataforma, algo que me conmovió (aunque pensándolo friamente, yo había organizado la revuelta, así que no quedaban demasiadas alternativas).

Hubo, eso sí, una cosa que no esperaba y que me sorprendió gratamente: la actitud de Javier, el pescadero. Se lo tomó como un reto y con un entusiasmo casi mayor al mío. Me ayudaba a hablar con la gente de los puestos, a preparar las reuniones y a contactar con los medios de comunicación, pues necesitábamos el apoyo de la opinión pública. Incluso se ocupaba de que en mi casa no faltara café ni algo de picar cuando convocabamos reuniones larguísimas para discutir nuestra estrategia.

Enseguida quedó claro quién era el enemigo. Porque las reuniones con el Ayuntamiento fueron relativamente fáciles. Ya se sabe, no hay dinero público y llenar las arcas siempre viene bien. Pero en el fondo, comprendían que el cierre del mercado era una salvajada. Eso sí, se habían comprometido con la constructora y a ver quién era ahora el guapo que se atrevía a echarse atrás. Así que el concejal de turno nos dijo que si nosotros llegábamos a un acuerdo con la empresa, el consistorio retiraba el proyecto. Fue una primera victoria,

que nos dio ánimos, pero que duró poco ya que las cosas cambiaron cuando conocimos al señor Gris. Era el propietario de la constructora y doy fe que su apellido hacía honor al personaje: nada en su físico destacaba, todo era tremadamente común, y sin embargo, destilaba malas vibraciones. No sabría definirlo, pero era una sensación muy desagradable. En nuestro primer encuentro ya nos dejó clarísimo que no tenía la más mínima intención de renunciar a su succulento negocio. Su empresa no era grande, pero tenía la paella por el mango. ¡Qué rabia da cuando alguien como ese hombrecito se cruza en tu camino para amargarte la vida, cuando el único amargado en esta historia era él!

Fue justo entonces, cuando tuvimos la crisis más importante dentro de la plataforma. Rafael y Mercedes nos comunicaron su intención de retirarse de la lucha. Estaban cansados, eran mayores y no se veían con fuerzas de seguir resistiendo. Habían decidido claudicar y jubilarse antes de tiempo. ¡La baja era tremenda! Sobre todo porque causó un efecto demoledor entre los vendedores. Se llegó al punto de plantearse la autodisolución, de dejarlo todo y de ir haciendo las maletas. De hecho, estaba prácticamente decidido. Y, como comprenderán, me sumergí en la miseria. Me quedaba sin quesería, en la que había gastado todo el dinero de la lotería, sin trabajo, sin nada... pero lo que más me dolía era haber fracasado en mi intento de unir al mercado y salvarlo porque en ello había dejado esfuerzos, muchas horas de dedicación y encima, había hecho amigos. Yo, que era una recién llegada, me integré en el grupo, me respetaban y apreciaban... hasta que todo se vino abajo. Javier intentaba animarme, pero todo era inútil. Y mientras tanto, el mercado daba pena de mirar. Algunas paradas se empezaban a cerrar, otras aguantaban pero el panorama era desolador.



Y de repente, una mañana me desperté sobresaltada. Había tenido un sueño extraño. Intentaba recordar lo sucedido en las pocas horas que había dormido... y sólo conseguía visualizar una mirada blanca, unos ojos limpísimos y una voz, muy agradable que me decía: REÚNETE CON EL SEÑOR GRIS, REÚNETE CON EL SEÑOR GRIS. Sí, ya no cabía ninguna duda, me había trastocado. Pero una vez más, reaccioné a la francesa.

—Pues de perdidos al río, me voy al despacho del grisáceo ese —le dije a Laura por teléfono.

—¿Y qué le vas a contar?

—Francamente, mi querida amiga, no tengo ni la más remota idea.

Lo peor es que era cierto. NO tenía ni idea de qué le iba a decir, explicar o pedir a mister Gris. Pero los ojos, la voz... ELLA, alguien, me movía a hacerlo. Me presenté sin avisar y fue como en las series de abogados. Pasé olímpicamente de la secretaria, que como ocurre siempre en los telefilms, me gritaba que no podía molestar a su jefe. Entré en el despacho de Gris y de un portazo cerré la puerta. El "jefe" estaba hablando por teléfono, pero al ver mí ímpetu colgó de inmediato. La escena era un poco cómica, la verdad. Él mirándome con cara de interrogante, yo delante suyo, firme pero sin saber qué hacer o qué decir, y de repente, me suelta:

—Siéntate, te estaba esperando.

—¿Es que sabía que vendría? —acerté a contestar.

—Justamente hablaba con la persona que me lo advertía. Felicidades, Blanca, felicidades, tú ganas.

—¿Cómo dice? —“Este está peor que yo”, pensé.

—Ha llegado mi hora, no hay nada que hacer. Estoy tan sorprendido y perplejo como tú. No sé lo que me espera, pero estoy seguro que es el final.

Aunque el día era nuboso y el hombre del tiempo había anunciado lluvias, en ese preciso instante la oficina se iluminó. Gris y yo cerramos los ojos encegados y cuando por fin recuperamos la visión apareció ELLA. La reconocí en ese momento: era la vendedora de castañas, los mismos ojos con los que había soñado... sólo que esta vez no iba disfrazada. Su aspecto era el de una entrañable abuela y sus ojos casi blancos me miraban con dulzura. Después de unos segundos larguísimos, habló:

—Se lo acabo de decir por teléfono, señor Gris. No va usted por buen camino. Hace ya tiempo que le observo y no estoy nada contenta con la vida que lleva. Ganar dinero sin saber en qué gastarlo, sin familia, sin amigos... ¿Me va usted a decir que le gusta la vida que sigue?

—No lo sé, me coge usted en frío... No estoy acostumbrado a responder preguntas de este tipo.

—Pues a partir de ahora tendrá mucho tiempo para buscar respuestas. Se lo diré claramente. Mis superiores han decidido que el mercado no se cierra. Lo siento por usted, pero me alegra por la gente y por el barrio. ¿Dónde está su alma, Gris?

—No lo sé, nunca la he visto.

—Triste respuesta, Gris, muy triste. Hay que poner remedio a eso. Le daré la oportunidad de encontrarla.

—¿Ah, sí? ¿Dónde hay que buscar?

—En el mercado de la Sagrada Familia, donde sinó.



He tenido oportunidad de hablar de lo ocurrido con ELLA. Todavía no sé cómo se llama, ni siquiera si tiene nombre. A mi me gusta recordarla simplemente como ALMA. No tengo ni idea de cómo la recordará el señor GRIS, de lo que no hay duda es que piensa en ella cada minuto de su vida. ELLA dijo que Gris econtraría su alma en el mercado y allí es donde busca. Han pasado dos meses desde entonces y todavía podéis ver a Gris, dando vueltas por el mercado. Va de parada en parada, no compra, sólo obser-

va. Su figura tiene el mismo aspecto desagradable del primer día que lo ví, pero todo él ha adquirido una tonalidad mucha más grisácea. La gente casi no se fija en su recorrido, de aquí para allá, siempre dentro del recinto. Y es que ELLA lo dejó claro: hasta que Gris sea capaz de descubrir a la gente, de pensar en algo más que no sea él y de que su corazón pueda generar sentimientos más allá del egoísmo y la amargura, no saldrá del mercado. Sí, amigos míos, han acertado, se trata de un maleficio (o cómo se llame técnicamente). Mister Gris está condenado a divagar, día y noche, hora tras hora y minuto a minuto por el mercado. Está atrapado y no hay nada que hacer. Sólo su actitud puede salvarle. Se ha convertido en una especie de fantasma que no necesita comer, ni dormir, ni nada. Y aunque todo sucedió con una exquisita normalidad, de normal no tiene nada. El mercado recobró su vida, las paradas volvieron a abrir y mi quesería funciona como yo esperaba. Lo que más me impresiona es que nadie ha echado de menos a Gris y que nadie en el mercado sabe lo que yo sé, es decir, la verdad. No puedo explicar cómo cambió el destino de la superficie porque nadie me creería, pero aunque mis compañeros no saben qué ocurrió, todos me atribuyen el éxito de nuestra batalla. Ahora todo es distinto para mí. Estoy convencida que las cosas pueden cambiar, que los buenos sentimientos y las causas justas se acabarán imponiendo porque todos tenemos un alma que nos vigila y nos cuida si sabemos cuidarla a ella. También las cosas tienen alma y sin duda nuestro mercado la tiene. Confío en que el pobre Gris acabe encontrando la suya, aunque quién sabe cuánto tiempo más tendrá que divagar por los pasillos y paradas de nuestro mercado.

La última vez que la vi –me refiero a ELLA, a Alma–, me recordó:

–No volverás a verme, eso puedo asegurártelo, pero siempre estaré presente... ¿adivinas dónde?

–En mi alma, por supuesto.

Y aquí estoy, en el barrio. Feliz como una perdiz, que es el mejor final para toda historia. He ganado un amigo, Javier, que cada vez es más especial, que me acepta tal como soy, o sea, un poco dispersa, rara, extravagante, rasgos que se han acentuado en los últimos tiempos. Y por cierto, el otro día me llamó mi ex novio encantador. Dice que quiere volver conmigo. Le he dicho sencillamente: No. Tampoco esta vez lo ha entendido. Poca información pero demasiado profunda para sus coordenadas mentales.

Así es la vida, señores. A veces dura, a veces agradecida, a veces incomprensible, pero siempre una incógnita. Y ya saben, cuando todo se vuelva feo, cuando las nubes cubran el cielo... busquen, busquen en su interior, alguien les dará la respuesta que andan buscando. ¿Adivinan quién? ●

MARTA CAMPS
PERIODISTA



MERCADO DE LA SAGRADA FAMILIA. BARCELONA

El Mercado de la Sagrada Familia, situado en la calle Mallorca de la capital catalana, reúne las mejores condiciones de un moderno centro comercial que descansa sobre la oferta clásica de un gran Mercado Municipal. Inaugurado en 1993, en su construcción y puesta en marcha participaron el Ayuntamiento de Barcelona y MERCABARNA. El Mercado tiene una superficie construida de 15.000 metros cuadrados, de los que 6.000 metros cuadrados son de superficie comercial. La oferta de establecimientos incluye a más de 100 puestos de frutas y hortalizas, pescados y mariscos, carnes y otros productos de alimentación. Asimismo, cuenta con un supermercado Caprabo.

El Mercado de la Sagrada Familia ha servido de modelo para la modernización de otros mercados de Barcelona, como La Concepción, La Boquería y Santa Catarina.